

Más allá de nuestras propias fronteras (Dom Bernardo Olivera)

Nuestra vida monástica cisterciense puede ser considerada como un carisma. Es decir, como un don de Espíritu para la Iglesia de Cristo. Este don fue entregado en un momento preciso de la historia, en una cultura determinada, para responder a desafíos particulares y, quizás, en reacción a determinadas situaciones. Todo esto es indiscutible.

El tiempo incide en el carisma en una doble forma: lo oscurece y lo ilumina. Lo oscurece pues el carisma ha nacido en un contexto local y en un momento determinado. Lo ilumina, pues es precisamente el paso del tiempo el que lo desvincula de las circunstancias que le sirvieron de encarnación original.

La historicidad de nuestro carisma exige la necesidad e impone el deber de aggiornarlo y de inculturarlo. La inculturación no dice sólo referencia a lugares geográficos y a tiempos o épocas. Dice también referencia a los géneros (masculino y femenino), a las generaciones (jóvenes, adultos, ancianos), a diferentes grupos sociales (campesinos, ciudadanos, obreros, profesionales...) y a los estados de vida (clérigos, consagrados, laicos...).

La renovación suscitada por el Concilio Vaticano II fue un momento privilegiado en este proceso de aggiornamento e inculturación. El post-concilio nos regaló otra novedad: el nacimiento de grupos de laicos y laicas que desean compartir nuestro carisma en medio del mundo, de las realidades humanas y de las actividades seculares. Se trata, en consecuencia, de una nueva inculturación del carisma cisterciense.

Pero, ¡atención!, necesitamos que ustedes no sean "fotocopias" cistercienses en su versión monástica, sino que re-encarnen el carisma, nos hablen de él con otro lenguaje, descubran nuevas mediaciones, lo re-inculturen. Y para todo esto no precisan pedirnos permiso a nosotros, el carisma es un don que hemos recibido y encarnado históricamente, pero no es nuestra propiedad. Los invito a seguir arriesgando e ir más allá de nuestras propias fronteras.

En realidad no soy yo quien los invita. Es el Espíritu quien les ha hablado al corazón y los ha invitado a recrear nuestro carisma cisterciense dándole una nueva forma. Las preguntas que nos podemos formular serían estas:

- Cuáles serían los criterios básicos para discernir una vocación cisterciense laical en su inicio y en las distintas etapas de crecimiento.
- Cuáles son los *exercitia corporalia et spiritualia* propios de una *conversatio* cisterciense laical para ser vivida en el mundo aunque no se sea del mundo.
- Cuáles serían los elementos fundamentales para establecer un programa de formación que permita encarnar los valores en las vidas de los laicos/as cistercienses.
- Cuáles son los servicios y las relaciones que han de existir entre los miembros de un grupo de laicos/as cistercienses a fin de que la vida crezca y se difunda.
- Qué forma de compromiso ha de unir a los laicos/as cistercienses con el Señor, con los otros miembros del grupo, con el monasterio de referencia y con la Orden.

- Qué tipo de unión o de asociación podría existir entre los grupos de una misma región y de las distintas regiones entre sí.
- Qué se espera de los monasterios de referencia y de la Orden en su conjunto.

Muchas de estas preguntas ya han sido respondidas por muchos de ustedes. En algunos casos las respuestas han vencido el paso del tiempo, han mostrado un valor estable y se han recopilado en estatutos. Por eso podemos hoy confrontar nuestros hallazgos a fin de seguir buscando y encontrando. Qué el Señor nos asista con su Espíritu creador. Amén.

Dom Bernardo Olivera

Homilía en el II Encuentro Internacional de Laicos Cistercienses, Conyers, 25-IV-2002